

Del autor de
«El rey de Taoro»



Horst Uden

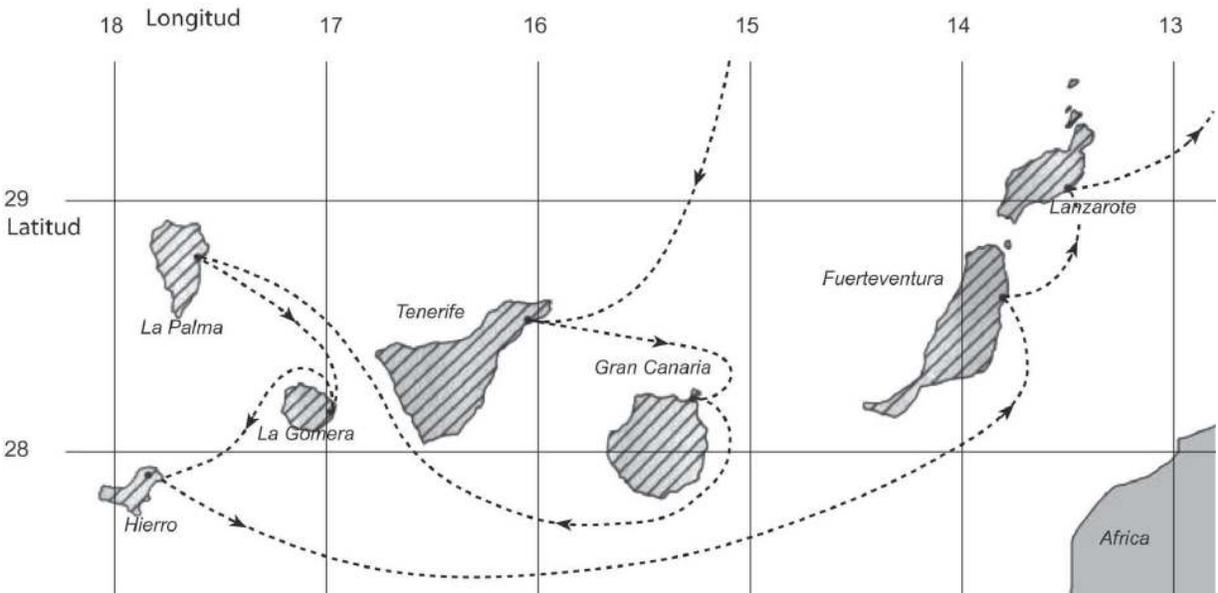
Bajo el drago

Leyendas y tradiciones
de las islas Canarias



El autor, Eugen Kuthe (seud. Horst Uden), nació en Silesia (Alemania) en el año 1898 y falleció en 1973. Después de la Primera Guerra Mundial abandonó su tierra natal y se afincó en Málaga (España). Desde aquí emprendió múltiples viajes a Canarias, Sudamérica, Alemania, Austria, pero siempre regresaba a Andalucía, su patria elegida. Visitó las islas Canarias en la década de los años 30, escribió «Bajo el drago», la presente colección de leyendas canarias, y la novela histórica «El rey de Taoro», que se convirtió en *best séler* en lengua alemana.

Plano del archipiélago canario y trazado de la ruta del autor



Horst Uden

Bajo el drago

Leyendas y tradiciones
de las islas Canarias

Editorial Zech

Título del original en Alemán: *Unter dem Drachenbaum. Legenden und Überlieferungen von den Kanarischen Inseln*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editora.

Todos los derechos reservados · *All rights reserved*

Bajo el drago. Leyendas y tradiciones de las islas Canarias
© 2010-2019 Editorial Verena Zech, Santa Úrsula (Tenerife)

www.editorial-zech.es

Texto: Horst Uden

Traducción: Guillermo Sans Huelín

Diseño de la portada: Karin Tauer

ISBN 978-84-933108-3-7

eISBN 978-84-948381-5-6

A mi distinguido amigo y mentor don Francisco P.
Montes de Oca García, Cronista Oficial de Canarias y
Académico Correspondiente de las Reales de la Historia
y Bellas Artes de San Fernando, en gratitud.

Horst Uden, 1940

Índice

La leyenda primitiva

TENERIFE, la isla feliz

Flores de guaidil

Vilaflor

El cantar de los cantares de los antepasados

La generosidad del guanche

«Mister Whisky»

El extranjero

GRAN CANARIA, la isla heroica

Atidamana

El vínculo invisible

«Al Cojo Pepe»

LA PALMA, la isla verde

Mirca y Niquiomo

El Salto del Pastor

Doce ducados

LA GOMERA, la isla legendaria

Hupalupu, el hechicero

La santa lluvia
El mejorador del gusto

EL HIERRO, la isla misteriosa
El milagro del «garoé»
El peregrino
El último zorrocloco

FUERTEVENTURA, la cenicienta
La Santa Virgen de la Luz
El aquelarre
Tumulto en La Antigua

LANZAROTE, la isla de arena
El juicio de Dios
Fiestas en Haría
El dragón de Arrecife

SAN BORONDÓN, la isla fantasma
La muchacha de San Borondón

«Solo nos queda el Océano,
que baña los benditos campos;
Icemos las velas para contemplar
las magníficas islas...»

(Horacio, Oda XIV. Ad Populum Romanum)

La leyenda primitiva

En la quebrada y bravía cordillera marginal que, cual muralla inaccesible, limita al país ibérico hacia el Norte, vivía la ninfa Pyrene como guardiana del sagrado manantial que cual cinta de plata se precipitaba por los elevados riscos para caer en el pequeño estanque, rodeado de bosque, sobre el que mecían sus altivas cabezas los nenúfares blanco-amarillentos. Tendida en actitud ensoñadora junto a la orilla, se reflejaba su cuerpo níveo en las aguas suavemente onduladas. Mariposas de múltiples colores revoloteaban sobre ella cual si fuese una flor, y una de ellas se posó con las alas extendidas sobre su brazo, semejando un adorno vivo, que brillaba con reflejos azules y dorados, como solo los dioses llevaban. De vez en cuando, el lejano canto de un pájaro se sobreponía al uniforme chapoteo del agua y al ligero murmullo de los alisos mecidos por el viento. Parecía dominar una paz arcádica en el valle boscoso que Zeus había destinado como morada a la ninfa Pyrene. Y, sin embargo, no era así.

Allá en lo alto, en las espaciosas cavernas de los escarpados abruptos que parecían escalar el cielo, hacían de las suyas los salvajes Gigantes, jugando a la pelota con nubarrones desgajados por el viento, precipitando grandes bloques de piedra sobre las laderas rocosas y viviendo en sempiterna lucha entre sí. Sus vociferaciones resonaban como retumbos de truenos, y sus gritos semejaban silbidos de tempestad que pasasen raudos a través de barrancos

insondables. Nada les era más odioso que el acogedor silencio y la soledad soñadora que dominaban en el tranquilo valle boscoso, donde saltaba el atrayente manantial, con reflejos plateados, de la ninfa Pyrene en el verde estanque.

Una y otra vez habían intentado devastar el tranquilo valle y transformarlo en su campo de juego, aunque siempre en vano. Gigantescas moles rocosas eran precipitadas por ellos, pero el bosque las atrapaba con sus poderosos brazos, y cuantas veces se apoyaban contra los árboles, quedaban aprisionados sus pies en la espesura, los espinos arañaban sus rostros y manos, y los zarzales embarazaban su camino. Rabiosos, renunciaban al inútil forcejeo y retrocedían a las alturas para deliberar.

Un relámpago zigzagueante les mostró cómo podían aniquilar a su terrible enemigo, el bosque. Con sus poderosos puños asieron las negruzcas nubes, cogieron el ardiente rayo y lo lanzaron con terribles alaridos a la profundidad. Acompañado de fuerte estallido fue a dar en las copas de los nudosos alcornoques. Las llamas se levaron de la maleza, y una oscura y espesa humareda ocultó el valle en tinieblas tan negras como la noche.

Pero ya se aproximaba el vengador que Zeus había enviado para exterminar a los descomunales Gigantes y rescatar a Pyrene. Era Heracles, el amado de los dioses, que, ávido de aventuras, había desembarcado en la costa de Iberia, buscando descanso de su largo viaje en la alta montaña.

Los gritos de los Gigantes lo despertaron de su sueño. A grandes saltos avanzó impetuosamente hacia los más empinados riscos, mirando a su alrededor, en busca de nuevas hazañas que pudieran aumentar su fama.

Mientras tanto, los Gigantes lo habían divisado y reconocido como enemigo mortal. Por todos lados

procuraban escalar las alturas, intentando lanzar al abismo al hijo de los dioses. Pero su maza silbante remolineaba sobre sus cabezas y destrozaba los brazos de los Gigantes asidos a las rocas. Al último que logró alcanzar le rompió Heracles la espina dorsal. Pesadamente se estrelló el cuerpo del monstruo en el abismo.

Sin vida yacían los Gigantes en la falda de la montaña, si bien tenazmente proseguía su tarea destructora el fuego en el valle de la paz. Entonces percibió el oído del radiante vencedor un grito semejante a alegre tañido de campana. A la escucha, inclinó su cabeza sobre el abrupto balcón. De nuevo lo oyó... más débil..., desesperado...

Como un alud descendió a saltos y abrió con la maza un amplio sendero a través del laberinto de los árboles ardientes, aplastó el monte bajo en ascuas y llegó pronto al sagrado manantial de Pyrene.

Al borde del lago, medio sofocada por el acre humo, encontró tendida a la ninfa. Con presteza, la levantó y la llevó en veloz carrera a través de las ondulantes llamas a la falda salvadora, donde acomodó a la desmayada, con cuidado, bajo un risco protector. Meditabundo, contempló su hermosa figura, y de repente le parecieron todas sus gloriosas aventuras insignificantes e insulsas frente a una vida tranquila junto a esta diosa de ensueño. Y de nuevo la cogió y la transportó a la orilla para conducirla como esposa a su país natal.

Mas la ninfa rogó con ahínco a su salvador que la dejase volver al sagrado manantial, que era su mundo, y Heracles la dejó marcharse con profunda pena, si bien disimuladamente la siguió desde lejos, pues no podía apartar de ella su vista.

Con aire dolorido, la cabeza inclinada hacia el suelo, avanzó Pyrene sobre ramas carbonizadas y árboles caídos hacia el pequeño estanque, que ahora, cual sucio charco,

miraba al cielo. En vez de altivos nenúfares, flotaban maderos sobre las ondas ennegrecidas por el hollín, ninguna mariposa revoloteaba ya por sus orillas, ningún canto aflautado de pájaro lejano llegaba ya a sus oídos. No era el apacible silencio de la soledad lo que ahora encontraba sino el inquietante silencio de un campo de restos quemados.

Una vez más, elevó su cabeza y contempló entristecida los lugares devastados de su soñadora juventud. Entonces cayó muerta al estanque.

Allí la encontró Heracles. Las lágrimas se deslizaban por las mejillas del héroe cuando transportó el cuerpo de la amada al risco más elevado, donde había vencido a sus enemigos los Gigantes. Allí erigió a la muerta, en cuarenta días y cuarenta noches, un ingente mausoleo, cuya cima penetraba en las nubes, y al que denominó Pyrenea. De aquí deriva el nombre de Pirineos con que se conoce en la actualidad a la totalidad de la cadena montañosa.

Muchas lunas había llorado Heracles a la amada diosa, cuando decidió marchar hacia el Sur en busca de nuevas aventuras. Así, después de larga caminata, llegó a la montaña de Calpe, que ligaba Iberia con la tierra de los Atlantes. Desde su cúspide divisó por primera vez el Océano, que, como ancha faja, corría alrededor de la Tierra, así como el mar de su patria.

A sus pies, en la costa de Iberia, se elevaba el castillo de Gades, que había construido el gigante Gerión, de tres cabezas, después de haber sido amonestado por la diosa Atenea. Despreocupado, descendió Heracles para contemplar al señor del castillo con sus propios ojos.

Gustoso le dejó Gerión rebasar las murallas.

La noticia de la victoria del héroe sobre los salvajes Gigantes lo había atemorizado, y temía negar la hospitalidad a Heracles. Pero, pérfido como era, ideó una treta para perder al hijo de los dioses. ¿Para qué tenía tres cabezas? Con tres se puede pensar mejor que con una. Conocía el afán de aventuras de su huésped y comenzó a hablarle de las Hespérides.

Gea, la diosa de la Tierra y de la fertilidad, había regalado a Hera, en sus bodas con Zeus, doce manzanas de oro que proporcionaban facultades secretas. Quien comiese de ellas se volvía inmortal y disfrutaba de juventud eterna. En medio de la tierra de los Atlantes se encontraba el árbol floreciente, que guardaban las Hespérides, las siete hijas de Atlas y Hésperis. Mas astutamente le ocultó Gerión que aquellas estaban encomendadas a la protección del dragón Ladón, de cien cabezas.

Apenas se enteró Heracles de la existencia de las frutas misteriosas, se dispuso a partir. Alegre lo despidió el gigante ante la portada de piedra del castillo, que cerró tras él, después de haberle mostrado el camino que conducía al reino de los Atlantes...

Cuando el sol había remontado por cinco veces el disco de la Tierra, iluminaron sus rayos las manzanas doradas de Hera, que atraían relucientes entre el verde follaje de la abovedada copa del árbol, y a cuya sombra descansaban las Hespérides, de ojos azulados. Su dulce canto hizo detenerse a Heracles, extasiado ante la melodía divina.

Tan abstraído se encontraba escuchando las encantadoras tonalidades, que no se percató cómo se deslizaba el dragón Ladón desde su guarida, oculta tras un seto espinoso, aproximándose silencioso para despedazar al atrevido héroe.

Tan solo el cálido aliento del monstruo de cien cabezas lo sacó de su abstracción. Con rapidez se percató del peligro

y se dispuso a hacer frente al ladino adversario.

Solo cuando una docena de cabezas del animal yacían ya por tierra, se dio cuenta de que esta vez se trataba de una lucha a vida o muerte. Un salto dio el dragón hacia Heracles, aunque este pudo esquivarlo y, agazapándose, logró hundirle su espada en el corazón. Sin vida se derrumbó el monstruo junto a su vencedor.

Mientras Heracles, con mano atrevida, cogía las doradas manzanas, que ocultaba en su jubón, entonaban las Hespérides, que sin aliento habían contemplado la terrible lucha, un canto de dolor con las siguientes estrofas:

¡Ay de ti, oh tierra de los Atlantes,
cuya paz perturbó el forastero
al matar con mano criminal
a nuestro vigilante Ladón!
Del árbol de la juventud
arrancó audaz los dorados frutos
que Gea, la diosa de la Tierra,
regaló a Hera en sus bodas.
¡Ay de nosotras, las Hespérides,
cuya razón de ser ya no existe
al haber sido robado el tesoro
que la diosa nos confió!
¡Ay de vosotros, hermanos Titanes,
que habitáis en lo alto de las montañas!
Más potente que la cordillera
son las aguas del Océano.
La ruina nos está reservada
a los hijos de la Atlántida;
solo en las profundidades del mar
podrá perdurar su nombre.

Sin hacer caso de las lamentaciones de las doncellas emprendió Heracles el camino hacia su patria para ofrecer como dádiva a su diosa protectora Atenea los dorados frutos que daban eterna juventud. Al pasar por el templo de Neptuno, próximo a la ciudad de los Atlantes, le salió al encuentro el rey Atlas, al frente de sus hijos, los Titanes, para vengarse del robo de las manzanas de oro. Pero Zeus ayudó al héroe griego: un intenso temblor de tierra hizo estremecer el templo, un rayo destruyó la estatua de Neptuno y el rey Atlas quedó sepultado bajo las ruinas del santuario.

Inmensa rabia se apoderó de los Titanes. Desgajaron árboles y blandieron sobre la cabeza de Heracles las columnas del atrio para aniquilarlo. Solo una huida acelerada podía salvar al vencedor del dragón.

Como un cervatillo, corrió por valles y alturas en dirección Norte, perseguido por los enfurecidos hijos de Atlas, que cada vez se acercaban más. Pero no bien hubo llegado a la cúspide de la montaña de Calpe, cogió con ambas manos su potente espada, la elevó hacia las nubes y, de tremendo tajo, dividió en dos la montaña: el ángel exterminador había guiado su brazo.

Con enorme ímpetu se mezclaron las aguas del Océano con las del mar de su país natal, remontándose y precipitándose en los valles de Atlantis, que Zeus había decidido devastar. Asustados, huyeron los Titanes a la montaña para alcanzar un lugar rocoso que los rescatase de la inundación.

Mas Heracles regresó y buscó por la noche a Hésperis, la viuda de Atlas, cuya belleza era ponderada por toda la faz de la tierra. Con un árbol encendido a modo de tea, trepó por las ruinas de la ciudad y la encontró, temblorosa, dentro de una gruta. Nada más contemplar Hésperis el

rostro del radiante héroe, se inflamó su corazón de amor repentino y lo siguió de buen grado.

Al amanecer colocó Heracles sobre sus hombros a la reina para vadear el estrecho que, después del hendimiento de la montaña de Calpe, lo separaba de Iberia. Se apercibieron los Titanes de la huida de su madre, y desde las alturas lanzaron grandes peñascos al mar para matar al enemigo mortal. Pero Heracles alcanzó ileso las murallas de Gades.

Allí lo esperaba el gigante Gerión, que se apoderó de Hésperis, aún sobre los hombros del héroe, y la instaló en el patio del castillo. Después cogió un peñasco, que lanzó desde la muralla contra el odiado forastero que había hecho frente al dragón Ladón. Pero Heracles amortiguó el golpe con la espalda, saltó a la muralla y mató al monstruo. Sobre la tumba de Gerión brotó un tremendo árbol, un drago, cuyo tronco lloró sangre roja por la muerte del señor del castillo.

Mientras tanto, había trepado Hésperis a las almenas y había contemplado desde ellas la Atlántida, que se hundía en las olas del Océano. Una profunda pena embargó a la reina y, transida de dolor, se precipitó en el mar.

Los Titanes, sin embargo, no cesaron en la lucha contra las aguas ascendentes. Escalaron la cima más elevada para construir una torre gigantesca y trepar al cielo salvador. Ya habían llegado a las nubes, solo dos dedos los separaban del cielo, cuando se vino abajo el atrevido edificio.

Ciegos de cólera, lanzaron las ruinas de la orgullosa torre contra Zeus, que en el último instante les rehusó la salvación. El dios convocó a los elementos contra ellos: los rayos cayeron del cielo, la lluvia se precipitó a torrentes y cada vez ascendían más las olas. El ángel exterminador abrió una profunda fosa en el fondo del Océano, en la que se hundieron los Titanes. Después introdujo su espada

flamígera en la vaina y se despidió de la Tierra hasta el día del Juicio final.

Del poderoso reino de la Atlántida solo subsistieron siete cumbres de montaña, rodeadas por las aguas del Océano: siete islas, que llevaron los nombres de las Hespérides; y Zeus colocó en el cielo, como brillante constelación de estrellas, a las hijas de Atlas, las de cabellos dorados.

Hasta aquí la leyenda. En la historia del mundo solo se conocen las islas desde que Juba II, rey de Mauritania, organizó una expedición en alta mar. El informe que le trajeron los audaces navegantes las señaló con el nombre de «Insulae Fortunatae», las «Islas Afortunadas». Sus pobladores originales, los guanches, vivieron allí sin ser conocidos, cual solitaria estrella, como hombres de la Edad de Piedra, hasta entrado el siglo XV. Entonces fueron presa de los conquistadores españoles. A partir de esa época a las islas se les aplicó el nombre de «Canarias», derivado de los grandes y pelambrosos perros (canes). Sus nombres son: Tenerife, Gran Canaria, La Palma, Gomera, Hierro, Fuerteventura y Lanzarote.